

**Estas heridas**

**I**

Se dejaron las uñas, en arabescos rotas,  
prendidas como órganos dormidos,  
sobre la piel rugosa de los árboles.

Hicieron cuerpo,  
tallando las violencias,  
con los troncos antiguos.

Atesoraron ramas,  
se hicieron casa escueta  
en las umbrosas copas,  
y guardaron sus hojas.

A la tala masiva, enseñaron los dientes  
y apretaron con fuerza  
la mandíbula.

Querían el verde vivo,  
la selva henchida y fresca,  
y ofrecieron sus cuerpos  
a lo alto,  
protegidos por las finas pancartas,  
que solamente  
letras,  
palabras  
y razones,  
para la vida entera del humano,

ofrecían,  
callados. Esos hombres valientes.  
Esa lucha, que no dejó llorar  
a los rizomas, esa fuerza tenaz  
para sanar la herida.

## II

Las tripas niqueladas de la fábrica  
boquean negro. Al aire. Embarran al jilguero  
-y triste y negra la soledad del ciervo-.  
Llora el silbido que augura una hecatombe  
de cielo ardiendo,  
de minúsculos grados trepanando  
la soledad del techo de la tierra.  
Me dijo el niño, un día, que borrarse los humos.  
Que amordazara, con la blanca paleta del ingenio,  
la boca lujuriosa de la fábrica,  
que no el metal,  
no el humo,  
no la razón de peso del dinero,  
que, dijo el niño, era el aire,  
transparente y sencillo, decidido.  
Que callase el chirriar del agujero  
de ozono –divertido, extraña la palabra-,

el niño, dijo. Que luego será mío.

Tanta mecánica y tanto desenfreno,  
y él que solo quería, aire, me dijo,  
limpio.

### III

Las redes se alborotan de diminutos cuerpos,  
en destellos de plata. Una medusa plástica  
que no sonríe, vibra,  
entre las olas,  
advirtiendo el peligro,  
ensortijada en una oscura mancha  
que abrume con su peso  
la piel tibia del mar.  
La tonelada cúbica de acero surca silente  
las infinitas olas de obsidiana.  
¿Qué deja? Tras su rastro de arado en el azul  
flota un hedor de muerte,  
los cuerpos de la fruta, restos de amor dolido  
de una carne,  
y trazas rotas de artísticos retratos  
en basura, maloliente y sincera.  
Que parece que grita que esos hombres,  
algunos, quieren herir el órgano divino

que atesora el salado don del agua:  
escamas pizpiretas y brillantes, ojos de fina sal,  
aletas viajeras y espigadas. Los pequeños pinceles,  
tan brillantes, escapan suspirando  
de las redes,  
tan pequeños, ya ves, son tan pequeños,  
que el propio mar los vuelve  
a sus rincones.

#### **IV**

Me parí en este surco. Entre la tierra oscura  
apretando con fuerza  
sus terrones. Recogí con mis manos  
las humildes patatas, doblgando la espina,  
y agradeciendo siempre,  
la parca soledad de mis diez dedos,  
como diez adivinos para curar la tierra.  
El campo mío, de donde viene el alma  
de las cosas sencillas,  
donde la huella de mis curtidos pies puso pareja  
al viento,  
al sol,  
a la intemperie,  
y puso coma y punto a mis ancestros.

No están los anaqueles disponibles  
en la gran superficie, para el alma. Yo pongo,  
con mis manos abiertas, de uñas romas  
y sucias,  
la carne vegetal sobre la báscula.  
A veces lloro, se me corre la lágrima  
delante de un cristal,  
imploro con mi rúbrica la ayuda  
-¡tanta impotencia junta para que lllore el cielo!-  
porque quiero los frutos de mi tierra,  
mis frutos y tus frutos,  
sencillos de nacer... y tan distantes. El campo,  
dicen, como si fuera un juego.  
Es mi sustento, y me lo desmantelan  
a golpe de metal,  
a golpe de sesgada bovedilla, de indiferente césped,  
de adosado con vistas  
a un campo seco y muerto.

**V**

Llegó achatado y solo, postrado en el fanal de una patera.  
Sé que mordió su labio con la luna,  
que lloró en la plata terca y desolada  
de una ola robusta. Sé que dejó en la arena,

muy abajo, sus hambrientas simientes.  
Oscuro y temeroso. Con los ojos abiertos, blancos de luna  
y leche deseada. Emigrante y extraño.  
Nadie dice su nombre, y a veces teme,  
en la búsqueda muda, entre los adoquines,  
olvidarlo pintado en las paredes.  
Alguien hizo un reparto equivocado. Tejió  
los hilos rotos, anudados,  
en el blanco cerril de un firmamento  
que no cubrió su piel.  
Es negro, brilla como la brea, y sabe,  
porque palpita un alma en sus telares,  
que no bastan sus manos. Que una hora,  
mudada desde el sebo de sus poros,  
no vale nada,  
que no tendrá consuelo cuando el aire  
le traiga rebotadas las promesas perdidas  
del corazón de África. Caminará sonámbulo  
entre las pieles blancas, azoradas, que no saben qué hacer  
con tantas horas,  
que pierden tanto tiempo de desierto  
planificando arcos y estrategias  
geométricas, tantas burbujas  
para estallar en nada sobre su piel, tan tierna.

**VI (...y esperanza para sanar)**

Primero mis diez dedos. Simplemente.

Separando el futuro en tres colores:

amarillo vibrante, como el aire más limpio del verano,

tonificante azul para que el agua baile,

y la esperanza, el verde

que respira en los envases de todas

esas hojas, de todos esos árboles.

Diez terciopelos para cerrar un grifo

y valorar el agua,

diez leves plumas para salvar la luz

de una bombilla.

Después, aquellos hombres que tienen la palabra,

multiplicando el diez en cada tabla

de la ley del respeto,

repartiendo los panes y los peces

y apaciguando el grito de las máquinas.

Es delicado el tacto de la tierra

y no bastan diez dedos

para sanar los cortes. La tierra espera,

en su infinita lágrima azulada,

en sus ocres y verdes esmeralda,

el mimo del humano. No quiere luz de gas

sobre sus árboles,

sobre las perlas rotas de sus ríos,  
sobre la espuma alta que alimenta,  
en el profundo azul,  
vida brillante y nutritivo aliento.  
Quiere la tierra, mares de manos para sanarse toda,  
océanos inquietos de dactilares peces  
que pongan bien derecha,  
con la palabra al viento,  
la cordura cargada de frutales.